



La significación histórica del **POUM**

Wilebaldo Solano

Iniciativa Socialista, nº40, junio 1996. Texto de la conferencia pronunciada por Wilebaldo Solano, último secretario general del Partido Obrero de Unificación Marxista, en el Ateneo de Madrid en Diciembre de 1985

Diez años después de la muerte de Franco y casi en las puertas del cincuenta aniversario de la Revolución y de la guerra civil, España, su pasado, su presente y su porvenir, suscitan un nuevo interés en los círculos políticos e intelectuales de Europa y América. En todas partes se celebran o se preparan actos conmemorativos, coloquios, seminarios. Los editores se agitan, lanzan o van a lanzar al mercado libros que parecían olvidados, se disponen a reeditar las obras más "clásicas" sobre la guerra civil o a publicar los libros que han escrito estos últimos años jóvenes historiadores de diversos países.

Por su parte, sectores importantes de las nuevas generaciones, decepcionados por el proceso político de lo que se ha dado en llamar la transición -una transición más larga y compleja de lo que generalmente se imaginaba- vuelven sus miradas hacia el pasado, hacia el periodo histórico de 1930-1939, uno de los más ricos, fecundos y dramáticos de la España contemporánea, al objeto de recuperar la historia de nuestro movimiento obrero y encontrar en ella elementos que puedan ayudarles a comprender el presente y a situarse con relación al futuro.

En la literatura política que se publicó en los primeros años de la transición había de todo: obras interesantes y más o menos objetivas, libros partidistas en el sentido más estrecho del término, memorias en las que sus autores tendían ora a idealizar el pasado, ora a transformarlo, presentándolo no como fue, sino como ellos lo veían a través de las brumas del tiempo, de las decepciones políticas sufridas o -lo que era peor- de los intereses políticos del momento, con frecuencia muy distintos de los del pasado. Esperemos que la nueva hornada sea mejor.

Para la nueva generación revolucionaria de los años 70, que había buscado sus motivos de esperanza más bien en los acontecimientos exteriores (revolución cubana, resistencia del Vietnam al imperialismo, Mayo del 68 en Francia...) que en el pasado del movimiento revolucionario español, no fue cosa fácil enfrentarse con la literatura política sobre la Revolución y la guerra civil españolas. Pero hay que suponer que esa tarea será más sencilla para los jóvenes de hoy, más libres y mejor informados. La Historia no se repite. Pero el pasado de un país condiciona su presente y su porvenir.

Para los que vivimos ese pasado y no tenemos alma de ex-combatientes, nos interesa mucho más el presente. Ahora bien, sería absurdo que nos negáramos a aportar nuestro testimonio y a dialogar con los que, muy legítimamente, tienen el tipo de preocupaciones a que acabamos de referimos. De ahí que nos prestemos a este coloquio y que intervengamos en él para aportar un poco de luz sobre acontecimientos que nos han marcado a todos -a las viejas y a las nuevas generaciones-

sobre los cuales no hay más remedio que reflexionar una y otra vez si queremos abrir realmente la perspectiva de la libertad y del socialismo en España y en Europa.

Durante mucho tiempo, en nombre de la famosa política de "reconciliación nacional", cuyos resultados están a la vista, se ha pretendido presentar la Revolución y la guerra civil española como una especie de tragedia absurda, indigna de un "país civilizado". Inútil decir que los que han opinado u opinan así han operado de una manera completamente oportunista y anticientífica. ¿Hay que recordar que la Revolución y la guerra civil españolas se produjeron en un periodo histórico particularmente dramático para Europa y para el mundo entero? Cuando las fuerzas reaccionarias encabezadas por un sector del Ejército pasaron al ataque contra la República y contra el movimiento obrero, no actuaron teniendo en cuenta simplemente la situación específica de nuestro país, sino la situación europea en general. Estábamos en la época del ascenso del fascismo y del stalinismo. Hitler había triunfado en Alemania. Italia estaba sumida en una dictadura fascista desde 1922. Austria se encontraba desde 1934 bajo un régimen reaccionario de inspiración vaticana, impuesto tras la derrota de una insurrección obrera. En Portugal, Polonia, Hungría, en los países bálticos y en los Balcanes, reinaban regímenes reaccionarios o semifascistas. Por otra parte, el gobierno del Frente Popular francés, terminado el periodo de ocupación de las fábricas por los obreros, se orientaba hacia la derecha y seguía dócilmente la política exterior de la burguesía inglesa, tendente a llegar a un compromiso con la Alemania nazi, compromiso que se realizó finalmente en 1938 en Munich a costa del sacrificio de Checoslovaquia. En fin, en semejante situación, la política de Stalin consistía en la eliminación de toda oposición revolucionaria en el interior de la URSS y en la búsqueda de una alianza militar con Francia y con Inglaterra para hacer frente al peligro hitleriano, política a la que se subordinaron los intereses del movimiento obrero europeo, exactamente igual que en 1939, cuando, haciendo un viraje de 180 grados, el Kremlin firmó la alianza con Hitler.

El drama real, el drama profundo reside en que la réplica del proletariado español a la insurrección militar-fascista -que, por cierto, contaba desde el principio con el apoyo de la Alemania hitleriana y de la Italia fascista, se produjo en esas condiciones políticas sumamente desfavorables. Y, a este respecto, es necesario reconocer hoy que ninguno de los hombres que más aportaron a la comprensión del periodo histórico que nos ocupa -Joaquín Maurín, en "Hacia la Segunda Revolución en España", y León Trotsky en diversos artículos, por no citar más que a dos de los más destacados- no llegaron a tomar la medida de las inmensas dificultades con que iba a tropezar el proceso revolucionario español. El optimismo revolucionario, que suele ser con

frecuencia creador, puede conducir a veces a una valoración desacertada de la correlación de fuerzas. Trotsky había escrito en varias ocasiones que una victoria proletaria en Occidente tendría el efecto de una descarga eléctrica en la URSS, despertando todas las energías revolucionarias soterradas por el despotismo burocrático. Maurín y Nin pensaban en términos bastante parecidos, pero ellos, como tantos otros, subestimaron el peso aplastante de la victoria de Hitler en 1933 y no creyeron que el Kremlin, bajo la dirección de Stalin, pudiera desempeñar un papel tan funesto como el que llevó durante la Revolución española.

Dos concepciones de la Revolución

Todos los historiadores serios, salvo los que se han limitado a justificar la política de la burguesía o de Stalin, coinciden en que la sublevación de Julio de 1936 no sólo provocó una respuesta fulgurante de la clase trabajadora en los centros vitales del país, desbaratando así los planes iniciales de las fuerzas reaccionarias, sino que desencadenó en España un proceso revolucionario de carácter socialista. En efecto, en breves semanas, los trabajadores no se contentaron con vencer a los sublevados en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, etc., sino que dismantelaron el aparato del Estado burgués, disolvieron el Ejército, anularon a la Iglesia ultrareaccionaria, dieron la libertad a las nacionalidades, se apoderaron de las fábricas y de las tierras y constituyeron por doquier los elementos de un segundo poder. Como dijo Andrés Nin, las tareas pendientes de la revolución democrático-burguesa fueron resueltas en un abrir y cerrar de ojos y se abordaron sin solución de continuidad las tareas socialistas. La Revolución caló más hondo en Cataluña, donde la confluencia de un movimiento obrero potente y bien organizado, representado esencialmente por la CNT y el POUM, y la existencia de un fuerte movimiento de emancipación nacional llevó las cosas al nivel más alto: solución radical de la cuestión catalana, colectivización de las industrias, los transportes y el comercio, rápida organización de la lucha armada bajo la dirección del Comité Central de Milicias. En cambio, el proceso revolucionario quedó contenido en límites reducidos en Euskadi, donde el Partido Nacionalista Vasco, con la complicidad de las direcciones del Partido Socialista y del Partido Comunista, logró eliminar las Juntas Revolucionarias (Comisarías) y mantener los elementos esenciales del poder capitalista, y en los lugares donde la política de Frente Popular desfiguró el sentido de los Comités que habían surgido durante la lucha contra la insurrección militar fascista los puso incondicionalmente a las órdenes del gobierno republicano de Madrid, completamente superado por los acontecimientos y responsable, por su temor a los trabajadores, de la victoria de los sublevados en Zaragoza, Sevilla, La Coruña y otros lugares. Este

desfase entre el proceso revolucionario en Cataluña y Euskadi y otras regiones de España es uno de los aspectos peor estudiados por los historiadores y, no obstante, es uno de los que mejor explica el desarrollo ulterior de los acontecimientos, la reconstrucción progresiva del aparato del Estado burgués, las Jornadas de Mayo de 1937, el triunfo de la coalición formada alrededor de Negrín y del Partido Comunista y la derrota final.

En realidad, en España, en el llamado campo republicano, se enfrentaron durante todo el proceso, y en particular entre Julio de 1936 y Mayo de 1937, dos concepciones de la Revolución: la que había sido teorizada por el POUM y que la CNT y un sector de la Izquierda Socialista seguían intuitivamente, y la que desarrollaron los dirigentes stalinistas, bajo el control del "sólido equipo de la Internacional Comunista (Stalin) instalado en España para supervisar la acción del PCE, junto con el no menos sólido equipo de consejeros militares y políticos soviéticos" (Fernando Claudín en "La crisis del movimiento comunista"), con el beneplácito y el apoyo de los partidos republicanos y de la derecha socialista. En resumen, se trataba de saber si la realidad de Julio de 1936 impuesta por las masas correspondía a la concepción de la revolución democrático-socialista o permanente o, si por motivos ajenos a la situación española, "había que hacer refluir la revolución proletaria al recinto democrático-burgués, del que no debía haber salido" (Claudín); es decir, si la disyuntiva se planteaba entre el fascismo y el socialismo o entre el fascismo y la democracia. Este segundo término de la alternativa fundamental, condujo al Kremlin, al Partido Comunista y a los partidos republicanos a lanzar la teoría de la "guerra nacional revolucionaria", de la defensa de la "República democrático-burguesa".

Si bien la primera concepción correspondía a la situación real en la mayor parte del país, y principalmente en Cataluña, Valencia, Aragón y Andalucía, chocaba con fuerzas poderosas en Europa y en España mismo. Por otra parte, las fuerzas auténticamente revolucionarias no lograron nunca, salvo en breves momentos, como en Lérida en Julio-Septiembre de 1936, en la breve etapa del Frente de la Juventud Revolucionaria y en otras circunstancias locales y limitadas, articular un auténtico frente capaz de neutralizar la política del stalinismo y de los partidos republicanos. A este respecto, se puede afirmar hoy, muchos años después, que las responsabilidades están muy repartidas. La incompreensión del problema del poder político por parte de los militantes de la CNT y la FAI, que según Santillán y otros "no querían establecer su dictadura", pesó terriblemente en todo el proceso revolucionario, contribuyendo a desfigurarlo y a dislocarlo. Pero hay que decir también que la división del PSOE, la "conquista" de las Juventudes Socialistas Unificadas por el equipo stalinista de Carrillo y las inconsecuencias y

vacilaciones de la Izquierda Socialista, influyeron también fuertemente. En lo que se refiere al POUM, el desequilibrio entre su fuerza en Cataluña y en otras nacionalidades y regiones del país, su excesiva confianza en las posibilidades de evolución de la CNT y los inconvenientes derivados de su tardía formación, le crearon dificultades y problemas superiores a sus posibilidades efectivas.

El stalinismo y el proceso revolucionario

Fernando Claudín ha escrito en "La crisis del movimiento comunista" que "en los primeros meses de la guerra existían grandes posibilidades para la unificación de comunistas, caballeristas, poumistas y anarcosindicalistas tipo Durruti en un gran partido revolucionario o, al menos, para su colaboración estrecha en la construcción de un Estado proletario. Pero el aprovechamiento de estas posibilidades dependía, ante todo, de que el PCE se situase sin reservas en el terreno de la revolución y abandonase todo esquema dogmático. Semejante partido y Estado tenían que ser plenamente independientes de la IC y del Estado soviético. Sólo así podían ser plenamente aceptables para las otras fracciones revolucionarias del proletariado español". Pero Claudín concluye así: "sobra decir que nada de esto era posible siendo lo que eran la IC y la política staliniana".

En este dominio estamos en parte de acuerdo con Claudín, tanto en su hipótesis inicial como en su conclusión final. Sólo haremos la salvedad de que nosotros no estábamos por un "partido único", sino más bien por la colaboración a que él se refiere, que hubiera podido modificar el rumbo y corregir los errores ultraizquierdistas de la CNT. Sin embargo, importa aclarar que el POUM se formó como una tentativa de reunir a todos los marxistas revolucionarios en una fuerza unificada y que jamás renunció a semejante perspectiva. Pero ni esa "colaboración estrecha en la construcción de un Estado proletario", ni la formación de un gran partido marxista revolucionario en todo el país fueron posibles por múltiples razones que no podemos analizar en este momento, pero principalmente por la política que Stalin impuso en España en función de su estrategia, una estrategia que hemos definido en distintas ocasiones y que el propio Claudín ha resumido diciendo: "Entre las dos guerras mundiales, la política española de Stalin, aplicada por la IC y el PCE, fue el caso más relevante de la supeditación de una revolución en acto a la razón de Estado de la potencia soviética". En su libro "Eurocomunismo y Estado", Santiago Carrillo no ha llegado -y se comprende- a los análisis y a las conclusiones de Claudín. Su obra estaba destinada a dar verosimilitud al "eurocomunismo" y, como la empresa era bastante difícil a la luz de la práctica constante del autor y de su equipo, el secretario del

PCE trata, con muy poca fortuna, de descubrir lo que él llama las "raíces del eurocomunismo" en el periodo de la Revolución y de la guerra civil. En uno de los capítulos (el quinto) llega a sostener: "Al formarse el Frente Popular cuando en el tablero soviético y en el seno de la IC la lucha contra el trotskismo estaba en su apogeo, el Partido Comunista acepta la inclusión de los trotskistas españoles en el Frente Popular e incluso colabora con ellos durante un cierto periodo en el Gobierno de la Generalidad de Cataluña"... "Las necesidades del proceso político español se impusieron entonces por encima de las incompatibilidades abiertas por la lucha de fracciones en el seno del partido soviético y de la Internacional". Todo esto, con algunas importantes salvedades de vocabulario, es cierto. Pero Carrillo, a diferencia de Claudín, miente por omisión o se busca justificaciones que no tienen valor alguno. Los dirigentes stalinistas españoles no están tan limpios de culpa como él pretende. La verdad es que si aceptaron la participación del POUM en la coalición obrero-republicana de febrero de 1936, en el Comité Central de Milicias de Cataluña, en el Comité Ejecutivo Popular de Valencia y otros organismos, fue porque la correlación de fuerzas no les permitía proceder de otro modo y porque las órdenes imperativas de Stalin con respecto al POUM llegaron más tarde, cuando comenzaron en Moscú los procesos de brujería y la eliminación física de la vieja guardia bolchevique, y cuando el Kremlin vio en el POUM un peligro efectivo de renovación del movimiento revolucionario y que este peligro tenía importantes derivaciones en toda Europa, puesto que las fuerzas más sanas del movimiento marxista internacional se agrupaban en defensa de nuestro partido y de sus posiciones políticas.

Por lo demás, si bien Carrillo ha necesitado 40 años para reconocer al fin que el asesinato de Nin fue "un crimen abominable e injustificable", no ha tenido la honestidad de ir hasta el fin en este terreno y de reconocer sus propias responsabilidades en la preparación psicológica, política y material de este crimen y de muchos otros. Del mismo modo, resulta sorprendente que Carrillo trate de "explicar" el crimen cometido con Nin sacando a relucir las jornadas de Mayo de 1937. Basta echar una ojeada a cualquier libro de historia o a la prensa de la época para comprobar que la campaña y la represión contra el POUM comenzaron mucho antes de Mayo del 37. Ya en Noviembre de 1936, cuando el secretario de las JSU formó parte durante un cierto tiempo de la Junta de Defensa de Madrid, en las horas en que había que concentrar todas las energías y todos los esfuerzos para salvar la capital, por instigación de Carrillo y su equipo se intentó privar al POUM madrileño de sus locales y de sus medios de expresión y se empezó a tratar de agentes del fascismo a los militantes poumistas que luchaban y morían en las trincheras de la Moncloa.

El POUM en la Revolución española

Como se sabe, el POUM se formó en Septiembre de 1935 en Barcelona, en el periodo comprendido entre la Revolución de Octubre de 1934 y las Jornadas de Julio de 1936. Se constituyó prácticamente al calor de la Alianza Obrera, bloque de las organizaciones del proletariado que cumplió una misión capital para derrotar finalmente a la coalición Lerroix-Gil Robles, pues la derrotó a través de la batalla de Octubre del 34, de las movilizaciones ulteriores y de las elecciones de Febrero de 1936. Sin la Alianza Obrera no hubiera sido posible todo ésto y ni siquiera la réplica de Julio de 1936 a la sublevación militar fascista. Por eso, la Alianza Obrera ha quedado como un ejemplo de frente único obrero que se ha querido imitar en muchos otros países, sin repetirlo ni superarlo nunca.

El POUM fue el producto de la fusión de dos organizaciones comunistas independientes de Moscú -independientes de un modo efectivo y no aparentemente, como ocurre hoy con ciertos partidos que se reclaman del "eurocomunismo"-, el Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista. Esta última organización, por su fuerte personalidad y por el valor de sus cuadros, había estado en conflicto frecuentemente con Trotsky y con el movimiento internacional que éste inspiraba. En 1934-35, al sacar las lecciones de Octubre, se produjo un proceso de clarificación y de unificación en el movimiento obrero. En ese marco, la Izquierda Comunista rechazó lo que se llamó entonces el "viraje francés" del movimiento trotskista -entrada en los partidos socialistas a fin de contribuir a su radicalización- y optó, tras una fase de discusión y de colaboración, por la unificación con el BOC, a fin de crear las bases de un gran partido marxista revolucionario en toda la península. El POUM, que fue en seguida el primer partido obrero en Cataluña, se extendió rápidamente a otras nacionalidades y regiones de España, implantándose especialmente en Valencia, Madrid, Asturias, Euskadi, Galicia y Extremadura. Mas los acontecimientos revolucionarios se precipitaron y no le permitieron consolidarse en ciertos lugares donde contaba con fuertes simpatías, ni alcanzar la fuerza de que disponía en Cataluña. Por otra parte, la represión franquista le privó brutalmente de las secciones y de los militantes de que disponía en Galicia, Andalucía y Extremadura.

Hay pocos casos en la historia del movimiento obrero que puedan compararse con el del POUM. Un historiador que no ha escatimado las críticas a nuestro movimiento, Pierre Broué, ha escrito a este respecto: "La discusión sobre la política del POUM durante la guerra y la Revolución españolas concentra en realidad todos los problemas

fundamentales de la estrategia y de la táctica revolucionaria, de la construcción de un partido y de una internacional revolucionaria. Pero sería insensato llevarla a cabo perdiendo de vista en qué condiciones concretas los revolucionarios del POUM tuvieron que cumplir su misión: fundado en la clandestinidad en Septiembre de 1935, este partido se vio inmerso unos meses después en un ascenso revolucionario sin precedentes, luego en la guerra civil, frente a la represión desencadenada contra él por el aparato internacional del stalinismo. La aceleración brutal del ritmo de la lucha de clases, la multiplicación de sus propias tareas de organización, de formación, de defensa, no le dejaron el tiempo necesario para realizar tan seria y metódicamente como él lo hubiera deseado -y habría sido necesario hacerlo- las discusiones políticas fundamentales, y tuvo que volver a sumirse en la clandestinidad antes mismo de poder celebrar su primer congreso".

A decir verdad, Broué, en un coloquio parecido al presente y celebrado en 1969, en París, no hizo más que resumir políticamente una realidad que en el fondo puede precisarse mejor diciendo que desde la época de la Oposición rusa o desde el movimiento espartaquista de Rosa Luxemburgo, ninguna organización marxista revolucionaria ha asumido un papel similar al del POUM y en condiciones tan dramáticas. Los camaradas de la Oposición rusa o los espartaquistas alemanes tuvieron que luchar contra un solo adversario. Pero nosotros hemos tenido enemigos por doquier. Tuvimos que luchar contra el franquismo con las armas en la mano, al igual que las demás organizaciones obreras de España. Pero tuvimos que hacer frente también a la formidable campaña de calumnias y a la represión organizada por el stalinismo. Y después, o al mismo tiempo, fuimos perseguidos por la policía de Vichy, por la Gestapo, por todas las policías de Europa durante la ocupación nazi. Los militantes del POUM, y entre ellos algunos de sus dirigentes más prestigiosos, cayeron fusilados por los franquistas, asesinados por la GPU y los stalinistas, muertos en las guerrillas de Francia o en los campos de concentración de Alemania, fusilados por los nazis en Bruselas o en Hamburgo. Quizás valga la pena decir, al menos por una vez, que desde hace cincuenta años ninguna organización marxista revolucionaria ha tenido que hacer frente a luchas tan difíciles y tan duras como el POUM.

El papel del POUM en la Revolución y en la guerra civil españolas y en las luchas contra el fascismo en Europa está en la Historia y figura en multitud de libros, de películas y de diversas publicaciones. Resultaría imposible resumirlo en unas breves páginas. Quizás sea preferible hoy referirse a las críticas que, desde los campos más diversos, se han formulado a propósito del POUM. Pasaremos por alto toda la literatura stalinista de los años 30 a los 50, entre otras razones porque la ha enterrado la Historia después de las revelaciones de Jruschov en

el XX Congreso del PC de la URSS, y nadie se atreve a sacarla, salvo en casos excepcionales, que no merecen hoy consideración alguna. Lo más corriente, a lo sumo, es que ciertos dirigentes del PCE declaren que "no fueron justos con el POUM" (López Raimundo), o atribuyan a las "circunstancias especiales de la época" o a la presión de los rusos y del aparato policiaco de Stalin (Teresa Pamies y otros), sobre cuyos archivos habría que investigar para descubrir cosas como "el secreto de Andrés Nin". Tales declaraciones no están siempre exentas de ambigüedades y se sitúan en el terreno de lo que Gramsci llamaba la hipocresía de la autocrítica.

Nos referiremos sobre todo a las críticas que se han realizado en el campo revolucionario y, especialmente, en el movimiento trotskista, entre otras razones porque es uno de los más próximos a nosotros y ha sido objeto asimismo, desde su creación y durante largos años, de las calumnias y del terror stalinista.

Las críticas de una política revolucionaria

Desde hace algunos años -y ahora en España- disponemos de una obra, "La Revolución Española" de León Trotsky, preparada y comentada por Pierre Broué, que brinda la posibilidad de abordar este problema en mejores condiciones que en otros tiempos. En primer lugar, porque en este libro se recogen casi todos los trabajos de Trotsky sobre la Revolución española y sobre el POUM y algunos de los escritos más críticos sobre nuestro movimiento elaborados por militantes extranjeros que vivieron o pasaron ocasionalmente por nuestro país en aquellos años cruciales. Ciertamente, faltan en esta obra muchos documentos del POUM y sobre todo la correspondencia entre León Trotsky y Andrés Nin que, por desgracia, no se ha descubierto en el archivo de Harvard.

Sin embargo, disponemos ya de documentos que nos permiten llegar a un determinado número de conclusiones. Las dos más importantes, a nuestro juicio, son las siguientes: Trotsky no tuvo, contrariamente a lo que se imaginan ciertos neófitos, una actitud sistemática de oposición al POUM y, en ciertos momentos, sobre todo cuando estalló la Revolución española, rectificó ciertas exageraciones críticas y hasta injuriosas en las que había incurrido al principio, para preconizar una política de colaboración con un partido empeñado en una batalla formidable y en el que ocupaban puestos de responsabilidad algunos de sus mejores camaradas y amigos; el movimiento trotskista no reaccionó de una manera coherentemente negativa contra el POUM y, en la práctica, el papel y la política de nuestro partido abrió una crisis en su seno. A este respecto, basta con recordar que algunas de

sus figuras más prestigiosas, como Alfred Rosmer, el escritor ruso Victor Serge, tan ligado al proletariado español por su vida militante, hombres como Vereecken y Snevliet y las organizaciones trotskistas de Bélgica y Holanda, manifestaron una solidaridad constante con el POUM (sin que ello les eximiera de formular críticas), al que sostuvieron y defendieron en los momentos más graves.

Esta es la historia real. Como, asimismo, que algunos de los que combatieron más vigorosamente al POUM cayeron en exageraciones francamente delirantes, como el norteamericano Félix Morrow, que llegó al extremo de escribir que si el POUM hubiera tomado el poder en mayo de 1937 -cosa que solamente podía haber hecho enfrentándose incluso con la CNT- se hubiese podido "resistir al imperialismo extendiendo la revolución a Francia y a Bélgica y luego hacer una guerra revolucionaria a Alemania y a Italia en condiciones que precipitarían la revolución en los países fascistas". Naturalmente, hoy resulta asombroso que haya podido escribirse con semejante ligereza e irresponsabilidad.

A propósito de ciertas críticas políticas

Las críticas políticas fundamentales sobre el POUM se concentraron en varios puntos que no pensamos eludir: su propia formación, su participación en el frente electoral obrero-republicano de Febrero de 1936, su colaboración en el Consejo de la Generalidad de Cataluña en los primeros meses de la Revolución y su intervención en las Jornadas de Mayo de 1937. Varios militantes del POUM, y entre ellos Juan Andrade, en su prefacio al libro de Nin "Los problemas de la Revolución Española", y el autor de estas líneas en el coloquio celebrado en París en 1969, recogido en un volumen editado en Francia por el Círculo de Estudios Marxistas, han respondido ya a estas críticas. No es posible tampoco repetirse una vez más. Mas quizás resulte necesario formular, con la mayor brevedad posible, algunas observaciones.

La creación del POUM fue un gran paso hacia adelante, sin el cual los marxistas revolucionarios no hubieran podido intervenir eficazmente en la Revolución española y en la Historia. Con toda probabilidad, sin el POUM, el marxismo revolucionario hubiera pesado tan poco como en la Revolución cubana, en la Revolución portuguesa o en el proceso revolucionario chileno, por no citar más que los ejemplos más recientes, ejemplos que revalorizan retrospectivamente lo que fue y lo que representó el POUM en España. Por lo demás, es completamente absurdo definir al POUM como un partido "centrista", tesis cada día más difícil de sostener a la luz de las piruetas oportunistas que han hecho y siguen haciendo en muchos países grupos izquierdistas o que se reclaman del

marxismo. Lo que sí hay que decir es que el POUM era un partido marxista revolucionario que no quiso limitarse a copiar mecánicamente la experiencia rusa, que tuvo en cuenta siempre las circunstancias específicas en que debía desenvolverse y que rechazó los esquemas sectarios. Trotsky dijo en cierta ocasión que la revolución en Alemania "tendría que hablar en lengua alemana", Lenin repitió constantemente que no había que "copiar a los rusos", que en Occidente se "harían las cosas mejor" y, hasta Zinoviev, el hombre de la "bolchevización" que tantos estragos hizo en el movimiento comunista, manifestó su admiración por el militante peruano Mariategui diciendo: "He aquí alguien que no nos copia".

En Febrero de 1936, el POUM participó en la coalición electoral obrero-republicana sin dejar de criticar la política del Frente Popular y conservando su independencia de clase. Ello le permitió aparecer, con su bandera y su programa, ante millones de trabajadores y aportar su contribución a la derrota de las fuerzas reaccionarias, que era lo que las masas querían en ese momento. Y, meses después, sin haber caído jamás en la demagogia guerrillera (tan corriente estos últimos años) y sin haber hablado nunca a tontas y a locas de "lucha armada", supo tomar las armas en Julio de 1936 y hacer frente en primera fila a la sublevación franquista.

La participación en el Consejo de la Generalidad - que era, no hay que olvidarlo, el organismo de una nacionalidad oprimida y cuya destrucción fue uno de los objetivos fundamentales de todos los reaccionarios- fue muy discutida en el interior del POUM, que no era un partido monolítico. Se puede juzgar que esa posición fue un acierto o un error. Se puede pensar, como lo pensaron Nin, Molins i Fàbregas y Landau -todos ellos antiguos militantes trotskistas- que la Generalidad de entonces "presentaba una mezcla de órganos de doble poder", que era "una situación de tipo transitorio", en la que lo determinante consistía en la mayoría obrera y en el programa socialista de la coalición. Se puede discrepar de este punto de vista con argumentos igualmente valederos. Pero lo que no se puede, lo que no es ya admisible, es presentar a Andrés Nin, que fue fiel hasta su muerte al combate por el socialismo, como un oportunista vulgar o como una especie de Millerand o de Blum. Esto no sólo es completamente injusto, sino sencillamente ridículo.

En fin, en lo que se refiere a las Jornadas de Mayo, provocación oscura que determinó la insurrección espontánea del proletariado de Barcelona, se puede opinar -como lo hicimos algunos entonces- que era posible, militarmente hablando, tomar el poder en Cataluña. Pero el desfase entre el espíritu que reinaba entre los trabajadores de Barcelona y de una parte de Cataluña y el que prevalecía en Madrid -donde los propios militantes del POUM y de la CNT tuvieron muchas dificultades para explicar la

marcha de las cosas-, en Valencia y en otras zonas del país, era enorme. Y fue justamente ese desfase el que aisló políticamente al proletariado barcelonés y permitió la ofensiva político militar del Gobierno de Valencia, bajo la presión del PC y de sus consejeros rusos, y la anulación de la soberanía política de Cataluña. El POUM estuvo al lado del proletariado y sus militantes combatieron en las barricadas hasta el fin, y sólo se retiraron cuando comprendieron que la correlación de fuerzas en España en general era desfavorable y no se podía llamar a la toma del poder contra la propia CNT. Los que conocen la Historia y los escritos de Trotsky saben que, ya en 1931, el fundador del Ejército Rojo había previsto una situación de desfase semejante y había puesto en guardia a sus amigos políticos ante una acción revolucionaria en Cataluña que no estuviera en consonancia con el estado de espíritu de los trabajadores de las otras nacionalidades y regiones de la península. El POUM se ajustó a ese principio, sin renunciar a nada ni abandonar las armas. Y, después, cuando fue objeto, a partir del 16 de Junio, de la represión stalinista, prosiguió la lucha en los frentes y en la retaguardia en condiciones casi inimaginables.

¿Quiere decir todo esto que el POUM no cometió errores y que reclama de sus críticos la aceptación total de su política? En manera alguna. Todos los partidos revolucionarios que han tenido una influencia real han cometido errores. Los bolcheviques los cometieron, y Lenin, que en la última fase de su vida llegó a reconocerse "gravemente culpable ante el pueblo ruso", denunció vigorosamente las "deformaciones burocráticas" del Estado soviético, el chovinismo pan-ruso de Stalin y la política que se desarrolló contra Georgia. Hoy, como ayer, el POUM se siente responsable ante el proletariado español e internacional y no se opone a que se haga el balance crítico de su política durante la Revolución española. Pero es para él particularmente injusto y doloroso que en un momento en que los propios stalinistas de ayer, tras su bautismo "eurocomunista", retroceden, reconocen parcialmente sus tremendos errores y, aunque en términos ambiguos, tratan de situar al POUM en un terreno que no es el del pasado, algunos militantes revolucionarios sigan repitiendo sin discernimiento, sin el menor espíritu crítico, los tópicos ocasionales de otra época, de una época terrible, en la que, como dice Pierre Broué en la "Tentativa de Balance" de su obra sobre los escritos de Trotsky relativos a España, lo esencial es lo siguiente: "Reconozcámoslo francamente: en este debate (entre el POUM y el trotskismo) ciertas polémicas dejan un gusto a ceniza. Después de todo, fueron asesinos de la misma especie, guiados por la misma mano, los que, con tres años de intervalo, asesinaron sucesivamente a Andrés Nin y luego a Trotsky, reuniendo así en la muerte a estos dos amigos separados por la vida, a estos dos revolucionarios incorruptibles de la generación de 1917, enfrentados el uno con el otro en el interior del mismo campo, en 1937".

Estos hechos -Andrés Nin asesinado por los agentes de Stalin en España, con la colaboración del aparato del PC español, como lo reconoció hace unos años uno de los sobrevivientes de la brigada encargada de efectuar las detenciones de los dirigentes del POUM en 1937, y León Trotsky, asesinado en México por Ramón Mercader, agente de la GPU y militantedel PSUC - son mucho más instructivos de lo que pudiera parecer a primera vista.

El balance completo del periodo más negro y sangriento del stalinismo está por hacer y quedan muchas cosas por descubrir. La escritora comunista catalana Teresa Pamies sostuvo hace algún tiempo que "una desestalinización a fondo, no interrumpida, podía haber aclarado la ramificación de los procesos de Moscú en Barcelona, porque el secreto de Andrés Nin está en alguna parte. Los soviéticos, muy burocráticos, lo escriben todo, y estos papeles del Partido Comunista de la URSS, donde fue nombrada una comisión que tuvo acceso a los archivos secretísimos". Pues bien, estamos convencidos de que esos "archivos secretísimos" se abrirán algún día y que el "secreto de Nin" terminará por descubrirse. Ahora bien, en espera de ese día, por la salud y el honor del movimiento obrero y del socialismo, los dirigentes del Partido Comunista y del PSUC podrían comenzar por hacer su propio balance, para lo cual disponen de muchos más elementos de los que nos han insinuado hasta el presente Carrillo, López Raimundo y Teresa Pamies. Y podrían, entre otras cosas, reclamar a los dirigentes del Partido Comunista de la URSS que se levante "el secreto de Nin", que se aclare en qué condiciones fue secuestrado y asesinado el secretario político del POUM durante la guerra civil, el ex-secretario de la internacional Sindical Roja, el compañero y amigo de Lenin y Trotsky, de Bujarin y de Zinoviev.

Como hemos dicho al principio, la guerra civil y la Revolución española se desarrollaron en un contexto europeo e internacional muy preciso: el del ascenso del fascismo y del stalinismo, dos de los fenómenos más negativos y más trágicos del siglo XX. Anular o destruir al POUM en 1936-1939 era un objetivo de la más alta importancia para Stalin. Por una parte, se privaba al proletariado español de una de sus fuerzas más clarividentes -y de una fuerza que no cedía ni capitulaba- y, por otra, se evitaba que el ejemplo del POUM fuera un potente estímulo para el renacimiento y la consolidación del movimiento que en toda Europa pretendía recoger lo mejor de las tradiciones de Octubre, combatir la degeneración stalinista y suscitar una auténtica esperanza de renovación socialista.

El examen crítico de la Revolución española de 1936 -que incluso el PC y el PSUC tendrán que hacer finalmente- corresponde, sobre todo, a los que se reclaman del marxismo revolucionario en esta época de conformismo y de frivolidad ideológica, en la que un falso liberalismo pasa al asalto

fraudulento de las conquistas obtenidas por el movimiento obrero en 150 años de luchas y de combates incesantes; a los que no desean incurrir en los errores del pasado y quieren sacar de una experiencia extraordinaria que, como dijo Nin, fue más profunda que la Revolución rusa, las lecciones necesarias para afrontar las tareas de hoy, para terminar con lo que queda del franquismo, transformar la sociedad española y crear las condiciones de un nuevo ascenso hacia el socialismo en España y en toda Europa.

De los orígenes a la Alianza Obrera

El Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) fue fundado en Barcelona, en plena clandestinidad, el 29 de Septiembre de 1935, sobre la base de la fusión del Bloque Obrero y Campesino y de la Izquierda Comunista. Su creación se produjo en un período crucial de la historia del movimiento obrero español: el comprendido entre la Revolución de Octubre de 1934 y la sublevación militar-fascista de Julio de 1936.

.El Bloque Obrero Y Campesino nació en Tarrasa el 1º de Marzo de 1931 -en vísperas de la caída de la monarquía y de la proclamación de la República- como resultante de la fusión del Partit Comunista Catalá, organización de jóvenes militantes (Arquer, Colomer, Farré Gassó, Rodes, Coll) procedentes del sindicalismo revolucionario y del catalanismo radical y surgida durante la dictadura del general Primo de Rivera, y la Federación Catalano-balear del Partido Comunista de España (Maurín, Bonet, David Rey). Ambas organizaciones coincidieron en tres puntos capitales: el análisis del carácter de la Revolución Española, la interpretación del problema de las nacionalidades y la oposición a los métodos que la Internacional Comunista en plena degeneración, bajo la dirección de Stalin, quería imponer en el movimiento obrero de nuestro país.

La Federación Comunista Catalana había ocupado siempre una posición especial en el seno del Partido Comunista. Sus animadores y su dirigente más destacado procedían del movimiento anarcosindicalista, en el que habían asumido responsabilidades importantes. En 1921-22 formaron los Comités Sindicalistas Revolucionarios, lanzaron La Batalla y levantaron la bandera de la Revolución Rusa. Fueron, pues, con los jóvenes socialistas que fundaron en Madrid el Partido Comunista en 1920 (Portela y Andrade entre otros), los pioneros del movimiento comunista en España y los más enérgicos defensores de la Revolución de Octubre.

La formación del Bloque Obrero y Campesino consagró la ruptura de la Federación Catalano-balear con el Partido Comunista, que se encontraba

entonces en plena crisis. En efecto, en Madrid se había creado una Agrupación Comunista autónoma y las organizaciones de Valencia, Castellón y ciertos núcleos de Asturias mantenían relaciones políticas muy estrechas con "el grupo de La Batalla", como se decía entonces. Por otra parte, desde hacía algún tiempo, en el exilio (Francia y Bélgica) y en España (Madrid y Asturias) había militantes significados que no ocultaban sus simpatías por la Oposición Internacional de Izquierda animada por León Trotsky.

En el espacio de dos años apenas, el Bloque Obrero y Campesino se convirtió en el primer partido obrero de Cataluña. Introdujo el marxismo en un movimiento obrero en el que hasta entonces predominaba el anarcosindicalismo, se implantó sólidamente en el movimiento sindical (los Federaciones sindicales de Gerona, Tarragona y Lérida fueron excluidas de la CNT por estar animadas por militantes del BOC), creó potentes organizaciones campesinas como la Unión Agraria de Lérida y un movimiento revolucionario de la juventud (la Juventud Comunista Ibérica). El semanario La Batalla, los libros de Maurín y los folletos lanzados por su servicio de publicaciones llevaron las ideas del BOC a todo el país y facilitaron la extensión del partido a otras regiones de la península, en particular Valencia, Aragón y Asturias. En el congreso que el BOC celebró en abril de 1934 se comprobó que la organización tenía 4.500 militantes, 74 secciones y 145 núcleos en período de formación. Estas cifras resultaban relativamente importantes en una época en que los partidos obreros eran partidos de cuadros y las centrales sindicales organizaciones de masas. Por esta razón la importancia real de los partidos no se medía por el número de sus militantes, sino por la influencia que éstas y aquéllos tenían en el rico tejido social de entonces, formado por los sindicatos, las asociaciones, los ateneos y todos los demás centros culturales y recreativos.

La Izquierda Comunista procedía de la Oposición que en 1930 se constituyó en el seno del Partido Comunista de España a partir de la plataforma de la Oposición rusa e internacional creada por Trotsky. Formada por militantes muy valiosos, como Nin, Andrade, García Palacios, Loredó Aparicio, Fersen y tantos otros, la I.C. realizó una labor considerable de formación y educación política gracias a su revista teórica Comunismo, a sus folletos y libros y a sus conferenciantes y propagandistas; pero quizás por el hecho de aparecer durante mucho tiempo como un grupo de oposición al Partido Comunista y no como una organización plenamente independiente, no consiguió progresar el mismo ritmo que el BOC. Sin embargo, sus ideas y sus hombres influyeron notablemente en la evolución del movimiento obrero español, en particular en Madrid, Asturias y Extremadura.

El Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista actuaron por separado durante los primeros años de la República, pese a que las diferencias que les separaban no eran fundamentales y pese a que sus principales dirigentes -Nin, Andrade y García Palacios, por una parte, Maurín, Bonet y Portela, por otra- habían marchado juntos para defender la Revolución Rusa e introducir el marxismo revolucionario en España. Pero éstos volvieron a encontrarse en el seno de la Alianza Obrera a fines de 1933 y comienzos de 1934.

La Alianza Obrera, creada en Cataluña por iniciativa del Bloque Obrero y Campesino, tuvo la virtud de reunir en un período de reflujo, después de la victoria electoral de la coalición Lerroux-GilRobles, a todas las organizaciones políticas y sindicales catalanas con la excepción de la CNT, que se mantuvo en su "apoliticismo" tradicional. El éxito de esta iniciativa de frente único favoreció la recuperación del movimiento obrero en toda la Península.

El triunfo de Hitler en Alemania y sus graves consecuencias para el movimiento obrero europeo dieron un fuerte impulso a los sentimientos unitarios y a la lucha contra el fascismo en todas partes. La Alianza Obrera de Cataluña se convirtió en el gran heraldo de la unidad en el momento en que el Partido Socialista iniciaba una importante rectificación política tras los resultados de su colaboración ministerial con los republicanos en el llamado "primer bienio". *El Socialista* de Madrid proclamó en un célebre editorial que "Cataluña estaba a la cabeza". Y ello era tan cierto que el ejemplo de Barcelona se imitaba en otros lugares. La Alianza Obrera se extendió rápidamente a Valencia, Madrid y Asturias, y en esta última región obtuvo el concurso entusiasta y precioso de la CNT.

Sin embargo, el movimiento revolucionario de Octubre de 1934 fracasó porque la Alianza Obrera no había logrado darse las estructuras apropiadas en todo el país y establecer una coordinación efectiva de las luchas obreras y campesinas. La Comuna de Asturias -los trabajadores conquistaron el poder y se mantuvieron durante 15 días- apareció como una vanguardia aislada. La Alianza Obrera organizó una huelga general impresionante sin el concurso de la CNT, más no pudo llevar la lucha a un nivel superior a causa de la capitulación de la Generalitat y de la inhibición de los anarcosindicalistas. Sin embargo, el fracaso mayor se produjo en Madrid y en otras ciudades importantes, donde el Partido Socialista, fuerza predominante, no fue capaz de organizar y dirigir la lucha.

Después del fracaso del movimiento de Octubre, todas las organizaciones obreras hicieron, mejor o peor, el análisis crítico de la experiencia vivida. El Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda

Comunista, cada día más próximos desde la creación de la Alianza Obrera, coincidieron en la interpretación de las causas del fracaso de Octubre y en la definición de las nuevas perspectivas políticas. Para Nin, el movimiento no había podido triunfar a causa de las insuficiencias del Partido Socialista y de la ausencia de un gran partido revolucionario. Para el Bloque Obrero y Campesino, las lecciones de la insurrección de Octubre conducían a replantearse toda la perspectiva política y a fijarse los siguientes objetivos: "Unidad de acción: Alianza Obrera. Unidad sindical: una sola central sindical. Unidad política: un solo partido socialista revolucionario". Tales eran las conclusiones de un largo análisis de la situación política del movimiento obrero publicado el 10 de enero de 1935 y suscrito por el Bloque Obrero y Campesino y la Juventud Comunista Ibérica.

Los problemas planteados por la I.C. y el BOC estaban en discusión en todos los sectores del movimiento obrero. Y la realidad es que en 1935 se abrió en todo el país un importante proceso de reclasificación y de unificación. Las dos principales tendencias de la CNT, organización que había sufrido graves crisis y escisiones en los años anteriores, se reunificaron en el Congreso de Zaragoza. Las Juventudes Comunistas y Socialistas se unieron en una sola organización, las Juventudes Socialistas Unificadas, que no tardó en caer bajo la dependencia del stalinismo. Para ser más precisos, conviene decir que el equipo de Carrillo-Melchor-Laín había mantenido excelentes relaciones con la Izquierda Comunista, el Bloque Obrero y Campesino y la Juventud Comunista Ibérica en su período de "bolchevización", sobre todo meses antes y meses después de Octubre de 1934, y que había llegado a solicitar que dichas organizaciones ingresaran en el Partido y las Juventudes Socialistas para facilitar la radicalización del socialismo, dio un viraje sorprendente en otoño de 1935.

Ese viraje consistió en una aproximación hacia Moscú y la Internacional Comunista, el abandono de las tesis "bolchevadoras" y la aceptación de las concepciones del Frente Popular y del Frente de la nueva generación. Todo concluyó en un viaje de Carrillo a Moscú, donde se establecieron las bases definitivas de la unificación de las Juventudes Socialistas y Comunistas. Este resultado iba a tener consecuencias enormes en la correlación de fuerzas en el movimiento obrero y en las luchas políticas antes y después de Julio de 1936. Como se sabe, las Juventudes Socialistas Unificadas salieron de la órbita del Partido Socialista y se situaron en la práctica en el terreno del Partido Comunista.

El POUM, la Revolución y la guerra

El proceso de unificación se desarrolló de un modo diferente en Cataluña. Se inició con todas las organizaciones políticas que figuraban en la Alianza Obrera, puesto que todas habían comprobado juntas sus insuficiencias en Octubre de 1934. Esas organizaciones eran el Bloque Obrero y Campesino, la Izquierda Comunista, el Partit Catalá Proletari, el Partido Comunista de Cataluña, la Federación Catalana del PSOE y la Unió Socialista de Catalunya. Las principales reuniones de discusión se realizaron los días 6 y 13 de Abril de 1935. En la primera se fijaron unos puntos básicos de la discusión para la "fusión sobre la base del marxismo revolucionario". Pero no tardó en comprobarse que en el fondo había dos bloques: los que se reclamaban del marxismo revolucionario de un modo efectivo y los grupos reformistas que se acercaban ideológicamente al stalinismo atraídos por la nueva política frentepopulista de éste. Los primeros, que poseían secciones, militantes y simpatizantes en diversas nacionalidades y regiones de la península, es decir, el Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista, se negaron a integrarse en una organización reducida a Cataluña y decidieron formar el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Los segundos crearon más tarde, precipitadamente, en Julio de 1936, el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), formación que no tardó en adherirse a la Internacional Comunista y en colocarse, como las JSU, bajo la dependencia del stalinismo.

El POUM surgió, el 29 de Septiembre de 1935, tras largas discusiones en el seno de las dos organizaciones que lo formaron, con una triple finalidad: llevar hasta el fin la estrategia de la Alianza Obrera, impulsar la unificación de la CNT, la UGT y los sindicatos autónomos en una sola central sindical y reunir a todos los marxistas revolucionarios en un solo Partido. Estos objetivos, largamente pensados y madurados, obedecían a un proyecto sin equívocos: colocar al proletariado español en condiciones de coronar el proceso político iniciado en 1930 con la caída de la monarquía con la victoria de la Revolución Socialista, único medio, tras el fracaso de la II República, de transformar radicalmente la sociedad española, superando la impotencia de la burguesía para realizar las tareas que la historia imponía desde hacía luengos años.

El POUM no fue, por tanto, una improvisación de circunstancias, un reflejo de un fenómeno exterior al país y a sus inquietudes profundas, sino el producto de una larga elaboración en el seno mismo del movimiento obrero, que arrancaba de la doble ruptura de los años 20 con el oportunismo socialdemócrata y con el aventurerismo anarquista,

bajo la influencia determinante de la Revolución de Octubre de 1917. Por eso mismo, una buena parte de los militantes que se solidarizaron con Lenin y Trotsky y fundaron el Partido Comunista volvieron a encontrarse en el POUM tras las experiencias del Bloque Obrero y Campesino y de la Izquierda Comunista, organizaciones surgidas de la degeneración burocrática de la Revolución rusa y de la Internacional Comunista. Se realizaba así una especie de síntesis de un largo proceso dialéctico. Era natural, pues, que el nuevo partido se encontrara mejor armado que otros para comprender e interpretar el proceso revolucionario hispano.

El POUM aparecía en la escena política española e internacional con su tríptico unitario (frente único obrero, unidad sindical, unidad de los marxistas revolucionarios) porque estaba firmamento convencido, como se puede colegir de su literatura política, de que en la Europa avasallada por el fascismo, donde la clase obrera había sufrido derrota tras derrota, se acercaba la hora del enfrentamiento brutal de las fuerzas reaccionarias y revolucionarias españolas, enfrentamiento del que iba a depender el destino de Europa durante largo tiempo.

Había que armarse ideológica, política y orgánicamente para vencer en España y cerrar así el paso a la expansión del fascismo en Europa, impidiendo la segunda guerra mundial y abriendo una perspectiva de liberación al movimiento obrero de nuestro continente. Y el POUM desvelaba sus armas.

En el momento de su fundación, el POUM tenía unos 8.000 militantes y cerca de 40.000 simpatizantes. En Cataluña, animaba la Federación Obrera de Unidad Sindical, formada por los sindicatos de Lérida, Tarragona y Gerona excluidos de la CNT por "estar dirigidos por marxistas", y multitud de sindicatos autónomos. Y animaba también potentes organizaciones campesinas, como la Unión Agraria de Lérida, aparte de tener una influencia nada desdeñable en la Unión de Rabassaires. Por otra parte, el POUM contaba con una organización juvenil, la Juventud Comunista Ibérica, que era ya bastante fuerte en Cataluña y Levante, organización que iba a conocer un ascenso considerable algunos meses después.

EL POUM brotó como una gran esperanza y fue muy pronto algo más que la suma de dos organizaciones. Fue en seguida el primer partido obrero de Cataluña. Luego, con relativa rapidez, sobre la base de las posiciones que ya tenía en Valencia, Madrid, Asturias, Andalucía y Extremadura, se fue extendiendo por toda la península. La organización de Galicia, en pleno desarrollo, estaba celebrando un congreso en Santiago de Compostela el día que estalló la insurrección militar-fascista, el 18 de Julio. Según un documento del C.E. del POUM del 10 de

Diciembre de 1935, la Izquierda Comunista había aportado en el momento de la fusión secciones o núcleos en Pamplona, Astillero (Santander), Gijón, Santiago de Compostela, Salamanca, Madrid, Villada (Palencia), Llerena (Badajoz), Sevilla, Bilbao, Lugo "y otros repartidos en las diversas provincias de España".

En el curso de los primeros meses de 1936, año que definió como "año crucial", el POUM, fiel a su política de unidad obrera, puso en guardia a los trabajadores ante la euforia artificial del Frente Popular y recordó sin descanso que la alternativa histórica se presentaba así: socialismo o fascismo. Sin hipotecar su independencia de clase, formó parte de la coalición obrero-republicana del 16 de Febrero y contribuyó así a asegurar la victoria electoral, que supuso la liberación de los presos de Octubre de 1934 y la apertura de una nueva etapa política en el país. Los días 19, 20 y 21 de Julio de 1936, los militantes del POUM se movilizaron en todo el país para hacer frente a la agresión militar-fascista. La intervención del POUM en las batallas de Barcelona, de Valencia, de Lérida y en las luchas de Madrid y de otras ciudades está en la historia. Germinal Vidal, secretario general de la JCI, murió en la Plaza de la Universidad de Barcelona junto con otros militantes, combatiendo contra los sublevados. En Barbastro, la acción decidida de un grupo de soldados de la JCI y de José Rodes, Comisario de Lérida, evitó que la brigada del coronel Villalba se incorporara a la rebelión. En Galicia, Luis Rastrollo, secretario de la Federación del POUM, se puso al frente de la resistencia armada. En Llerena (Extremadura), los mejores militantes del POUM cayeron defendiendo la ciudad contra las tropas de Queipo de Llano. En Asturias, Luis Grossi, Emilio García y otros militantes valiosos murieron en los frentes de Oviedo.

Apenas terminados los combates de Julio, el POUM organizó unidades de milicias en Cataluña, Levante, Aragón y Madrid. La primera Brigada internacional que se formó en España fue la "Columna Lenin", creada por el POUM en el frente de Aragón en julio de 1936. En ella combatieron, junto con militantes revolucionarios de Italia, Alemania, Francia, Bélgica y otros países, los grandes escritores George Orwell y Benjamin Perat. La milicias de Cataluña, agrupadas en la "División Lenin", más tarde 29 División, combatieron en los frentes de Aragón. Centenares de militantes sucumbieron en la desgraciada operación de Mallorca. Las Milicias de Castellón y Valencia intervinieron en la conquista de Ibiza, en el cerco de Teruel y en la defensa de Madrid. La Columna motorizada del POUM de Madrid, inmortalizada en el libro de la escritora argentina Mika Etchebehere ("Mi guerra de España"), participa en la toma de Sigüenza y sus componentes se cubrieron de gloria después, bajo el mando de Mika, en las trincheras de la Moncloa, en la División de Cipriano Mera.

En los primeros meses del proceso revolucionario y de la guerra, el impulso general aseguró la unidad de las organizaciones obreras y antifascistas. El POUM participó en el Comité de Milicias y en el Consejo de Economía de Cataluña, en el Comité Ejecutivo Popular de Valencia, en el Comité Revolucionario de Lérida y en ininidad de organismos y comités de frente único que se constituyeron en toda la zona controlada por las fuerzas obreras y republicanas. En cambio, no participó en la Junta de Defensa de Madrid porque la Embajada rusa opuso su veto directamente y el P.C. y las JSU lo impusieron a las demás organizaciones.

El POUM realizó un esfuerzo de información, de propaganda y de educación sin precedentes. En la reunión del Comité Central Ampliado celebrada en Barcelona en Diciembre de 1936 -en el preciso momento en que, bajo la presión de los representantes de Stalin en España, se preparaba la eliminación del POUM del Consejo de la Generalitat de Cataluña-, el partido hizo un balance de semejante esfuerzo. El POUM contaba con unos 45.000 militantes y una cifra de simpatizantes mucho más importante. Publicaba seis periódicos diarios: "La Batalla" (30.000 ejemplares) en Barcelona; "Adelante" en Lérida, "L'Espurna" en Gerona, "Front" en Tarrasa, "El Pla de Bages" en Manresa y "El Combatiente Rojo" en Madrid. Tenía una serie de semanarios importantes: "POUM" en Madrid, "El Comunista" de Valencia, "L'Hora" de Barcelona entre otros, más los publicados por la Juventud Comunista Ibérica: "Juventud Comunista", órgano central, en Barcelona (15.000 ejemplares), "La Antorcha" en Madrid, "Juventud Roja" en Castellón, "Combat" en Lérida, "Acció" en Tarragona. Por otra parte, la Secretaría internacional del POUM publicaba regularmente "La Revolución Española" en francés, inglés, alemán e italiano, y una revista teórica en francés, "Juillet". A este conjunto conviene añadir "La Nueva Era", órgano teórico asimismo, y "Generación Roja", revista de educación política de la JCI. Toda esta labor en el dominio de la prensa fue completada con la actividad de la Editorial Marxista que, bajo la dirección de Juan Andrade, lanzó al mercado numerosos libros de teoría marxista y una serie impresionante de folletos de divulgación política, y en particular muchas obras que los stalinistas no publicaban ya o tenían proscritas a causa de los cambios que se habían operado en Moscú en el período 1926-1936. Los nombres de Zinoviev, de Víctor Serge, de Bujarin y de tantos otros volvieron a aparecer en los kioscos y librerías con gran escándalo de los representantes de Stalin en España.

Durante todo el curso de la Revolución -incluso en el breve período de participación en el Consejo de la Generalitat de Cataluña, cuando Andrés Nin organizó la justicia revolucionaria, impuso la mayoría de edad a los 18 años y sentó las bases de una legislación liberadora de la mujer- el POUM se afirmó

claramente como una fuerza marxista revolucionaria, defendiendo intransigentemente su concepción de la revolución democrático-socialista, sosteniendo contra viento y marea que la guerra y la revolución eran inseparables, buscando la alianza con las fuerzas susceptibles de conducir el proceso revolucionario hasta la victoria. Su consigna central fue "sobre el franquismo haremos triunfar la Revolución Socialista".

La lucha contra el stalinismo en plena guerra

A mediados de 1936 y en los años 1937 y 1938, el POUM tuvo que enfrentarse con una de las realidades más trágicas del proceso revolucionario: la intervención declarada de la burocracia rusa (hecho que han terminado por reconocer la mayor parte de los dirigentes del Partido Comunista) y la acción contrarrevolucionaria del stalinismo. Mientras los opositoristas rusos, los compañeros de armas de Lenin y Trotsky sucumbían en condiciones ignominiosas (procesos de Moscú) o iban a parar a los campos del Gulag, en la otra punta de Europa los militantes del POUM luchaban y morían para abrir una perspectiva de renovación al movimiento surgido de la Revolución Rusa.

Tomando como pretexto las Jornadas de Mayo de 1936 -sublevación del proletariado de Barcelona contra una provocación preparada para despojarle de sus conquistas revolucionarias-, los consejeros rusos del P.C. (Togliatti, Stepanov, Geroe, Codovila, etc) comenzaron por derribar el gobierno de Largo Caballero, que, como se sabe, se había opuesto reiteradamente a sus exigencias, y abrieron paso a la fórmula Negrin, que les ofrecía casi todas las garantías que Stalin reclamaba para proseguir su "ayuda a la República Española", una ayuda pagada con creces económica y políticamente. Eliminado Largo Caballero, los objetivos fueron la limitación drástica de la autonomía de Cataluña, la neutralización de la CNT y la destrucción del POUM.

El 16 de Junio de 1937, una brigada de la policía stalinista, controlada y dirigida por agentes de la GPU rusa, dio un golpe contra el POUM, sus dirigentes, sus locales y sus medios de expresión, sirviéndose de los resortes del aparato del Estado que estaban en sus manos o que no se atrevían a resistirles. Andrés Nin y la mayor parte de los dirigentes del POUM fueron detenidos y secuestrados sin que las autoridades de la Generalitat de Cataluña fueran advertidas ni consultadas. Nin fue trasladado rápidamente a Valencia y luego a Madrid y Alcalá de Henares, donde, al parecer, fue torturado y asesinado. Todo esto sin que los ministros de Gobernación (el socialista Zugazagoitia) y de Justicia (el nacionalista vasco Irujo) tuvieran la menor noticia de lo sucedido. Andrade, Bonet, Gorkin, David Rey y Escuder fueron

trasladados de Barcelona a Valencia, de Valencia a una "checa" de Madrid y, finalmente, de nuevo a Valencia, saliendo así de su incomunicación.

Evidentemente, para justificar semejantes desmanes y el crimen cometido con Nin, la prensa stalinista, tras unos días de vacilaciones, lanzó una campaña infamante presentando a los dirigentes del POUM como "espías" y "agentes de Franco", insinuando que Nin podía estar "en Salamanca o en Berlín". La reacción fue inmediata. Los militantes del POUM, organizados en la clandestinidad, iniciaron una vasta campaña para exigir aclaraciones públicas sobre la desaparición de Nin, la libertad de los militantes detenidos y el retorno a la legalidad de su partido. Algunos periódicos cenetistas y socialistas denunciaron los hechos represivos y salieron en defensa del POUM. Pero nadie pudo contener el furor destructor de la GPU y los dirigentes stalinistas, que, desgraciadamente, ocupaban posiciones cada vez más importantes en el aparato del Estado.

Contrariamente a lo que han sostenido algunos historiadores, el POUM no desapareció tras el golpe del 16 de Junio de 1937. Al contrario, las organizaciones del POUM y de la Juventud Comunista Ibérica se mantuvieron en la clandestinidad hasta el fin de la guerra. La mejor prueba de ello son sus publicaciones, en particular 'La Batalla y "Juventud Obrera", que se publicaron con una regularidad asombrosa hasta Mayo de 1938, semana tras semana, provocando la irritación pública de los dirigentes del PC, del PSUC y de la JSU. Esas publicaciones constituyen una mina de informaciones para los historiadores de hoy.

En medio de grandes dificultades, el POUM hizo frente a la campaña de calumnias organizada por los stalinistas, protegió a su militantes en los frentes, mantuvo relaciones regulares con todas las organizaciones antifascistas y, en particular, con la CNT y la Izquierda Socialista de Largo Caballero -a los que incitó constantemente a la resistencia al terrorismo y a las manipulaciones stalinistas- y alimentó una campaña internacional destinada a denunciar los asesinatos de Nin, Landau, Berneri, José María Martínez y muchos otros, y a evitar que se reprodujeran en España los procesos de Moscú.

Porque la intención era esa: descubrir y condenar a "traidores trotskistas" en España para justificar a posteriori los procesos de Moscú contra las primeras figuras del bolchevismo, procesos que habían suscitado un movimiento de repulsa y de horror en los círculos más avanzados del movimiento socialista y de la intelectualidad europea de izquierda.

Después de un golpe policiaco destinado a desbaratar el aparato clandestino del POUM, del que fueron víctimas los dirigentes del POUM y de la JCI que habían logrado escapar .a la represión en Junio

de 1937 (Rodes, Solano, Farré, Arquer), golpe que tuvo consecuencias bastante desastrosas para la resistencia organizada de los poumistas, se aceleraron los preparativos del "gran proceso" que tenía que justificar toda la operación stalinista, confundir a los dirigentes del POUM y reducir a la impotencia a la tendencia Largo Caballero-Araquistain e incluso a la propia CNT. Mas todo esto fracasó estrepitosamente gracias al sacrificio de Andrés Nin y a la resistencia de sus compañeros más representativos.

España, pese a todo, no era la Rusia de Stalin. El tribunal de "espionaje y alta traición" estaba formado por hombres que simpatizaban con el socialismo y que no se rindieron ante las presiones que se ejercieron sobre ellos. Por lo demás, aparte de que personalidades como Largo Caballero, Araquistain, Federica Montseny y Tarradellas garantizaron públicamente que los procesados eran militantes revolucionarios con un brillante historial político, Andrade, Bonet, Gorkin, Gironella y Escuder defendieron su honor de revolucionarios, refutaron todas las acusaciones stalinistas y denunciaron vigorosamente el asesinato de Andrés Nin.

El tribunal descartó en seguida todas las acusaciones de "espionaje y alta traición" y condenó a unos años de cárcel a los encausados por su actuación durante... las jornadas de Mayo de 1937 en Barcelona. En la sentencia se hacía casi un elogio de los procesados al recordar y destacar su prestigiosa historia militante. La decepción y el furor de la GPU y de los dirigentes stalinistas fueron tan grandes que la censura del gobierno Negrín, controlada por ellos, prohibió la publicación de la sentencia del tribunal, razón por la cual ésta se convirtió en un documento político de propaganda en favor del POUM.

Este hecho, como muchos otros que se produjeron en los meses siguientes, demostraron que España no podía ser sometida a un régimen de "democracia popular" como los que iban a organizarse diez años después en varios países del Este europeo. No obstante, la intención era esa, como ha confesado el propio Santiago Carrillo en declaraciones recientes. Es decir, instaurar un régimen en el que el Partido Comunista, a través de sus organizaciones y de sus "compañeros de viaje" instalados en el aparato del Estado, el Ejército y la Policía, pudiera ejercer francamente su dictadura, eliminando a todos los que se oponían a sus designios y, en primer término, al POUM, a la CNT y a la Izquierda Socialista de Largo Caballero.

En todo caso, el POUM no cedió, no transigió, no capituló ni en los frentes ni en la retaguardia, ni en las prisiones ni ante los tribunales de represión. Sus militantes prosiguieron la guerra contra Franco en todos los frentes y militaron por la causa del socialismo hasta el último día. Andrés Nin, torturado y asesinado en condiciones odiosas, simboliza en la

Historia la resistencia heroica del movimiento obrero español, en plena revolución, a la reacción stalinista. Y, con él, todos los militantes que, como el economista vasco José M^a Arenillas, el comisario político Marciano Mena, los maestros Hervás, Xurriuguera y Trepát, animadores de la Escuela Nueva Unificada de Cataluña, fueron también víctimas de los crímenes del stalinismo.

El caso del POUM no tiene precedentes ni puede compararse con ningún otro, Mientras Joaquín Maurín y muchos otros militantes destacados se encontraban en las prisiones de Franco acusados de comunistas o marxistas -por lo que no pocos comparecieron ante los pelotones de ejecución, como José Luis Arenillas, secretario del partido en Euzkadi, Luis Rastrollo, secretario del partido en Galicia, Felipe Alutiz o Eusebio Cortezón, miembros del Comité Central- Nin era asesinado en la zona republicana y se organizaba un proceso y una violenta represión contra el POUM y la JCI, represión que se cebaba también con los oficiales y los soldados del POUM que combatían en el Jarama y el Ebro, en las riberas del Segre y en el corazón de Cataluña, a los que no se vacilaba en acusar de ser "agentes de Franco". Los principales organizadores de la derrota, los que a la sombra de Negrín preparaban el desastre o la capitulación, contrajeron así una inmensa responsabilidad ante la Historia.

La clandestinidad franquista y el exilio político

Terminada la guerra civil, los militantes del POUM que por las causas más diversas permanecieron en España, pasaron sin solución de continuidad de la resistencia al stalinismo a la nueva resistencia al terror franquista. Uno de los primeros periódicos clandestinos que aparecieron en 1939 en el país fue "El combatiente Rojo", órgano de nuestros camaradas de Madrid. En Cataluña el Frente de la Libertad, primera organización de resistencia, fue creada y animada por militantes del POUM. Entre 1944 y 1950, es decir, en los años más duros del franquismo, "La Batalla", "Adelante", "Catalunya Socialista" y otras muchas publicaciones aseguraron la presencia del POUM en las luchas contra la dictadura. Estas actividades así como las realizadas durante la Revolución y la guerra, supusieron para los militantes que cayeron en manos de la policía muchos y largos años de prisión o de presidio.

Pero tampoco el exilio fue fácil para los que lograron salir de España. No hubo en ninguna parte "cuarteles de invierno". Los principales dirigentes del POUM -los que se encontraban en la Prisión del Estado de Barcelona- fueron evacuados de Barcelona por orden de González Peña, ministro de

Justicia socialista, y conducidos a la frontera, donde fueron acogidos por un grupo especial del Partido Socialista Obrero y Campesino de Francia organizado por Marceau Pivert y Daniel Guerin y que logró trasladarlos a París. Pero millares de militantes fueron a parar a los campos de concentración de Argelés y de Barcarés, de Bram y de Vernet, de donde no fue tarea simple arrancarlos.

Dentro o fuera de los campos de concentración, encerrados o asignados a residencia en poblaciones donde se carecía de los derechos más elementales, la vida de los exiliados en Francia fue muy ingrata en los primeros años y durante la segunda guerra mundial. En Noviembre de 1941, un tribunal francés, bajo la presión de la Gestapo, condenó a largas penas de prisión o de trabajos forzados a varios militantes del POUM acusados de haber reorganizado su partido en Francia y de mantener contactos con los primeros grupos franceses de resistencia a la ocupación por los nazis. Este proceso injusto y bárbaro supuso largos años de encarcelamiento para hombres como Rodes, Andrade, Solano, Farré Gasó, Coll, Ignacio Iglesias, J, Comabella, C, Zayuelas. Algunos de ellos fueron deportados a Alemania en 1944, donde coincidieron a veces con otros militantes del POUM detenidos en otros lugares de Francia y enviados a Dachau, Mauthausen o Buchenwald...

De un modo general puede decirse que, en contacto con la organización clandestina de España, los militantes exiliados del POUM aportaron su apoyo a las organizaciones socialistas revolucionarias clandestinas y facilitaron la evasión por España de numerosos combatientes y perseguidos de distintas nacionalidades. Por otra parte, ciertos militantes tuvieron la posibilidad de incorporarse a las guerrillas organizadas en Francia o de crear grupos de combate españoles, como en el caso del batallón "Libertad" que, junto con una Brigada vasca, contribuyó a reducir los últimos fortines de la resistencia alemana en la costa sur del Atlántico

Después del fin de la segunda guerra mundial, el POUM pudo operar en la legalidad en el exilio, manteniendo sus organizaciones y publicando su prensa, en particular "La Batalla", que ha asegurado la continuidad del marxismo revolucionario durante más de 30 años, celebrando sus conferencias, realizando múltiples actividades, estableciendo lazos de camaradería y de fraternidad con las tendencias más avanzadas del movimiento obrero internacional. Toda esta labor se desarrolló en el marco de la lucha global contra la dictadura franquista y por la reconstrucción del movimiento obrero en nuestro país, en relación constante con los grupos clandestinos del POUM y con las nuevas organizaciones que fueron surgiendo en la clandestinidad, inspirándose a veces en nuestra tradición histórica y en el marxismo revolucionario.

Para todas las organizaciones obreras, incluso las más fuertes y las que contaban con mayores apoyos internacionales, fue muy difícil resistir en los años más rudos de la represión y el terror y, luego, en la época de reflujo de los años 50-62, conservar y renovar sus cuadros militantes clandestinos. Esta tarea resultó todavía más ingrata para el POUM, víctima, a la vez, de la represión franquista y de las campañas de calumnias del stalinismo.

La reconstrucción del movimiento obrero a través del movimiento huelguístico de 1962 y el proceso iniciado tras la muerte de Stalin y el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS en 1956, comenzaron a modificar fundamentalmente la situación y las perspectivas. La lucha histórica del POUM contra la degeneración stalinista y su interpretación de la Revolución Española de 1936 - revolución socialista y no mera "guerra de independencia nacional"- comenzaron a insertarse en la nueva realidad española. Y ello provocó la aparición de nuevos grupos y organizaciones, formados generalmente por jóvenes obreros y estudiantes, muchos de los cuales se situaban en el terreno del marxismo revolucionario y de la renovación del socialismo frente al despotismo burocrático. Pero esto es ya otra historia.

Octubre de 1985